

Sofía Scasserra

# Cuando el jefe se tomó el buque

El algoritmo toma el control

---



Fundación  
Foro del  
Sur

**Sofía Scasserra**

# **Cuando el jefe se tomó el buque**

**El algoritmo toma el control**



**Fundación  
Foro del  
Sur** 

---

*Correctora*  
Mónica Giardina

Estudio Rainis

*Diseño y diagramación*  
Tamara Ferechian

© de la autora, 2019

© de esta edición Fundación Foro del Sur, Montevideo 1545, piso 2, CABA, Buenos Aires, Argentina.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# ÍNDICE

## **INTRODUCCIÓN**

DE FERIA AMERICANA A SUEÑO AMERICANO

## **CAPÍTULO 1**

QUIERO MI CAFÉ. ¿DÓNDE ESTÁ MI CAFÉ?

## **CAPÍTULO 2**

EL CABALLO DE TROYA QUE NOS SUPO ATROPELLAR

## **CAPÍTULO 3**

SI MI ALGORITMO HABLARA...

## **CAPÍTULO 4**

A BUEN ENTENDEDOR...

## **CAPÍTULO 5**

DONDE LAS MAYORÍAS CONFLUYEN...  
Y HACEN ANDAR EL LAVARROPAS

## **CONCLUSIONES**

DE UN LADO Y EL OTRO DE LOS ALGORITMOS

## **AGRADECIMIENTOS**

## CAPÍTULO 1

### QUIERO MI CAFÉ. ¿DÓNDE ESTÁ MI CAFÉ?

Una amiga mía trabaja en plataformas. Trabaja desde la casa. En parte ella inspiró buena parte de este libro. Cuando la conocí le pregunté a que se dedicaba. Me cuenta, y automáticamente le digo: —“Qué duro nena! Trabajar desde tu casa debe ser un esfuerzo enorme” y me miró con una cara que no voy a olvidar jamás. Unos ojos que decían “gracias por entender”. Me contó que la mayoría le dicen que es una suertuda. Que no tiene que enfrentarse al tráfico, a los jefes, a los horarios, y que debería estar feliz por eso.

Me pregunto, ¿Cómo llegamos a pensar eso? ¿Cómo es que el imaginario logró recrear una imagen falsa de lo que significa ser “emprendedor”?

Creo que hay dos factores fundamentales que armaron ese cóctel explosivo. Por un lado, el empleo tradicional y los abusos que se cometen en pos de la eficiencia. Es que el capitalismo se olvida de “ser humano” a veces, y el hecho de no poder faltar al trabajo, llegar tarde a veces o te descuentan, pedir estrictas vacaciones con los segundos libres contados y demás esfuerzos, reglas que por otro lado ayudan a generar un ordenamiento social fundamental como es el empleo, lograron generar una rigidez que nos asfixia. ¿Cuál es el problema de faltar un día a la oficina si lo que tengo que hacer no demanda que este físicamente allá? ¿El mundo se acaba si vuelvo de vacaciones un martes en vez de un domingo y compenso el trabajo después? ¿Es muy terrible tratar de resolver las cosas de otra manera? Ciertamente las reglas fueron hechas para encontrar convenciones sociales que nos permitan convivir, la cuota de racionalidad debe ser puesta por los seres humanos. Y es que el capataz a veces no es nuestro mejor amigo. Y muy a menudo nos toca enfrentarnos con situaciones donde el margen de negociación es nulo y aquel que debe darnos permiso tiene la camiseta puesta más que el propio dueño de la empresa. Esa rigidez, esa sensación de asfixia que provocó la cultura de la

eficiencia por sobre la humanidad, es lo que hizo que muchos voláramos a nuestras casas en el sueño de querer ser nuestros propios jefes.

Parecería que la cultura capitalista nos ha hecho olvidarnos de que trabajamos para vivir y nos hace vivir para trabajar.

A menudo me llama la atención eso: como un dueño de una empresa puede venderla sin mayores remordimientos y desahacerla en segundos si le resulta rentable, pero un superior en esa misma empresa no es capaz de darle un día libre a un empleado. Pareceríamos olvidar nuestra naturaleza de trabajadores y humanos y ponemos a la empresa primero.

Largas horas de imaginación en el transporte público de centenas, de miles de trabajadores que sueñan con no tener que soportar más la rigidez de la eficiencia. Y un día aparece uno que tan campante nos dice “trabajo desde casa” y un universo de posibilidades se nos abren frente a los ojos...

Largas horas de imaginación en el transporte público de centenas, de miles de trabajadores que sueñan con no tener que soportar más la rigidez de la eficiencia. Y un día aparece uno que tan campante nos dice “trabajo desde casa” y un universo de posibilidades se nos abren frente a los ojos...

Pero existe una contracara de la moneda en todo esto. Y son los empleadores. Hasta hace no muchos años atrás, esa fantasía emprendedora era una amenaza. Un peligro terrible: que el trabajador se revele, se vaya a su casa de un portazo y empiece un negocio mejor que el mío: Me haga competencia. Pero el proceso de globalización comenzado a fines del siglo XX trajo un elemento interesantísimo para desmembrar las cadenas globales de producción: la tercerización. Contratar empresas prestadoras de un servicio específico que necesitaba, como la

limpieza o la logística primero. Luego contratar parte de mi fuerza de trabajo a través de empresas de recursos humanos en los momentos de mayor demanda. Finalmente, no tener empleados, y lograr que estos se vuelvan proveedores míos. La lógica se instaló y se coló hasta los huesos. **Como todo lo que hace el capitalismo: logro que una fantasía se vuelva un negocio muy rentable.**

Así surgió la idea del “emprendedor”, imagen que compramos de buenas a primeras. Vemos a esta persona en una foto, con una casa pintada de blanco puro, un ventanal de fondo, luz natural perfecta, una computadora súper nueva, una pila de papeles perfectamente acomodada a un costado con una hermosa birome, sillón cómodo, casa acomodada, y lo que no puede faltar jamás: la sonrisa digna de propaganda de dentífrico y la taza de café humeante al lado, perfecta, dispuesta, lista para ser saboreada.

Pero ¿cuál es la realidad de este trabajador tercerizado que fue el reemplazo del trabajador tradicional? ¿Qué le pasa al emprendedor, sea de plataforma o no? Trabajar desde casa implica que no hay límite entre tu vida privada y tu vida laboral. No existe límite temporal, ni físico, ni emocional, ni mental.

La realidad es que un trabajador en estas condiciones, trabaja 24 horas al día, no desconecta jamás. No hay momento de descanso y va mechando su trabajo en los ratos donde no tiene que hacerse cargo de algún asunto doméstico. Los papeles están revueltos por la casa, entre medio de las pilas de ropa para lavar. Si es más afortunado, por ahí ha logrado tener un escritorio en algún lugar, donde aparte del trabajo se acumulan las boletas a pagar y la tarea del colegio de los chicos. Es difícil separar angustias laborales de las familiares y todo afecta ambos mundos. Es más duro aún poner límite al trabajo y poner un tope al horario en que se está conectado, sobre todo si el dinero escasea en el hogar. Las interrupciones constantes son la norma. Generalmente el trabajador que se queda en la casa se enfrenta a la realidad de no tener ayuda doméstica alguna, puesto que “total estoy en casa”, por lo que la doble jornada de

trabajo laboral y doméstica, se recarga sobre los hombros de aquel que tiene la “suerte” de quedarse en el hogar.

No existe ventanal. No hay sillón cómodo. No hay orden. No hay papeles acomodados. Y la taza de café se enfrió ya de estar sentada ahí esperando a que la beban en medio de una demanda constante por parte del empleo pago y el no remunerado que hace cada hogar para servir al capitalismo y proveerlo de una fuerza de trabajo en condiciones de trabajar. Como economista me enseñaron en primer año de la universidad, el circuito económico básico, y siempre volvía a él para esclarecer cosas que no lograba comprender. Una de las mayores revoluciones que me otorgo el feminismo en mi vida personal, fue la de comprender que el trabajo no remunerado, economía del cuidado, o economía del amor, como quieran llamarlo, no es solamente eso: en términos netamente económicos es todo el trabajo que ponemos las familias para proveer al capitalismo de una fuerza de trabajo capaz de ser empleada. La frase “eso que llaman amor, es trabajo no remunerado” puede parecer shockeante para los y las que día a día amamos y cuidamos a nuestras familias, pero desde un punto de vista netamente económico, implica toda una categoría invisibilizada en los análisis por el capitalismo, poniendo en desventaja sobre todo a las mujeres a la hora de competir en el mercado laboral. Como economista, es mi deber incluirlo en la función productiva social y entender que hay que reconocerlo como trabajo y por lo tanto, creador de valor, cuantificable y susceptible de análisis. Sea o no, amor.

Las cosas que añorábamos eran simples: no tener jefe, irme de vacaciones cuando quiera los días que quiera, no tener horarios fijos, salvarme del transporte público en horarios pico, no tenerme que bancar al tipo este de al lado de mi escritorio que masca chicle todo el día, o peor aún, al que me acosa sexualmente en el trabajo...pero, sobre todo, no tener jefe...

Algunas cosas las logramos con el trabajo “emprendedor”. Pero basta ya de decirle así, porque no emprendimos nada en este viaje más que vivir de fantasías. Vamos a cambiarle el nombre de ahora en más y lo podríamos llamar trabajo “full life”

o “ilimitado”, ya que no reconoce límites a la privacidad, a la temporalidad ni al territorio. Se mete, permea y se adueña de mi espacio y de mi vida. Vivo para trabajar... Pero si ahondamos más profundamente, vemos que este supuesto emprendedor no es muy distinto de la mujer que vende tupper, o el tallerista que tiene un taller en el garaje de su casa y trabaja a sol y sombra produciendo remeras en algún lugar alejado del conurbano. Es, entonces, en definitiva, un trabajador precarizado como ya hemos sabido ver en tantas etapas y formas a lo largo de la historia. Un trabajador precarizado gracias a la tecnología... un trabajador tecnológicamente precarizado...

Este empleo tecnológicamente precarizado nos sacó al compañero de trabajo molesto. Nos sacó del transporte público en horarios obligados. Pero también no sacó las vacaciones pagas, las licencias por enfermedad, la jubilación y la seguridad social. Y ¿el jefe? ¿Qué paso con el jefe? De eso se encargó el algoritmo y el sistema de rating, cosa que veremos más adelante.

Para América Latina hay realidades que aún resultan lejanas, pero no tardarán en llegar. Hoy el empleo de plataformas en la región se subsume a empleos de transporte principalmente y comercio web, pero en el mundo ya existen plataformas para todo tipo de servicios. Un caso muy paradigmático es el de Fiverr, empresa donde se pueden solicitar servicios de todo tipo, desde una traducción, pasando por un logo de una marca, presentaciones de power point, planos para una obra hasta una carta de amor. Todo se ofrece.

Un trabajador de Fiverr cobra 5 dólares norteamericanos por sus servicios, de los cuales parte se los queda la empresa y parte se lo queda PayPal, la plataforma que se usa para las finanzas. El trabajador termina recibiendo poco menos de 3 dólares por un servicio que puede llevarle muchas horas de trabajo. Pero lo más importante es obtener las famosas 5 estrellas al final de la jornada, para poder mantener un stock de ofertas de trabajo. Lo mismo ocurre con Mercado Libre, que utiliza Mercado Pago para absorber las finanzas, castigando al trabajador que vende productos online con pagos diferidos que pueden tardar hasta 20 días hábiles en recibirlos, en base

a demoras administrativas y el trabajador debe pagar si desea cobrar más pronto.

Todas plataformas distintas, el mismo sistema. Y lo máspreciado de todo: el anonimato. Las plataformas de comercio y servicios web no dejan al trabajador dar datos reales sobre su paradero ni nombre, ya que esto habilitaría a poder “saltar” la plataforma y acordar un empleo directamente con el cliente. Es fundamental tener el mercado cautivo a fin de lograr que el negocio pase por sus manos, de lo contrario el mercado se haría público y las reglas de juego serían otras. Por eso no se permiten publicar números de teléfono, direcciones, ni mails de contacto. He visto formas realmente ingeniosas de cómo los usuarios logran saltar esta regla. Mi favorita fue ver un comentario que decía. “En los sueños: agua gato gato la cama arroyo arroyo niño...”, y así seguía, otorgando su número telefónico en clave quinielera.

Este candado que imponen a la relación comercial es una muestra más de la relación de dependencia encubierta. Estar disponibles, que te gestionen el pago, que impongan las ofertas y descuentos, que exijan tiempos, que no entreguen información personal aun cuando comprador y vendedor quieren contactarse, es la muestra más cabal de que una plataforma no es una mera vidriera y que vos sos emprendedor de vos mismo, sino que sos un empleado común y corriente que sigue las normas de un patrón o jefe, que hoy se contacta con vos, a través de un algoritmo.

Es frecuente ver videos en Facebook que dicen “expectativa versus realidad” con chistes que nos sacan sonrisas acerca de todo tipo de imaginario que creamos las personas en nuestra cabeza, desde las vacaciones, pasando por la sexualidad hasta ir al cine con amigos. Creo que el trabajo emprendedor, se merecería un canal de YouTube con este tipo de videos.